

RUDYARD KIPLING (1)

Un periódico inglés, "Observer", decía de los funerales de Kipling, que después de los de la reina Victoria, eran los que simbolizaban mejor un duelo nacional. El mérito literario de Rudyard entraba por mucho en este sentimiento, pero por sí solo, no alcanzaba a explicarlo.

Artistas del lenguaje y de la idea que añadieran primores al soberbio caudal de la literatura inglesa, jamás faltaron al grande imperio en estos últimos años. Pero su desaparición no fue tan comentada como la de Kipling, ni dio ocasión a pareceres y estimaciones que no fueran casi exclusivamente literarios. En cambio, el autor de Kim y el historiador de la "jungle", entró al panteón de las glorias nacionales bajo el doble signo de la literatura y de la política.

Rudyard político!... Algo extraño parecerá este calificativo a los numerosísimos lectores que no ven en él sino al fabulista vindicador de los lobos, al satírico de los simios ridículos, al descubridor de los méritos de Kha y al compasivo y tierno educador de Moughli.

Rudyard político... Pero ¿y qué tienen que ver con la política la ligereza, el inagotable y siempre renovado "humour" con que en cien cuentos va tocando muchos casos humanos, al parecer triviales, para convertirlos en risa franca, en ironía dolorosa, o en visiones terroríficas?

Rudyard político!... Confesemos que suena mal este adjetivo, aplicado a un hombre que se deleitó en fantasmagorías de ensueño y que andaba sin tropiezos ora por la "Ciudad de la espantable noche", ora por el creciente desamparo de "La luz que se extingue", ora por el mundo grande y terrible del anciano Lama, ora por los vericuetos misteriosos de una selva parecida a la de Dante: "Selvaggia ed aspra e dura — che nel pensier rinova la paura".

Rudyard político!... No se imagina uno que quien derrochaba sales no siempre benignas, para fabricar los "Cuentos Simples" de las colinas, tuviera también habilidades para influir sobre el gobierno y los partidos y las tendencias del Imperio.

(1) Rudyard Kipling, nació en la India en 1865 (30 de diciembre). A los 18 años escribía para la Gaceta Civil y Militar de Lahore la primera serie de sus cuentos. En 1888 se fijó en Londres. La época de su mayor popularidad europea puede fijarse hacia el año de 1901.

Y sin embargo, Rudyard fue un político de grandísimo alcance.

Lo fue, no a la manera de los constructores de sistemas, y teorías, que por lo generales pueden volar de país a país, poniéndoles trabajo a profesores y a estudiantes, sino a la manera del que conociendo íntimamente a su propio país, sabe tocar y conmover los centros esenciales de su armazón y los nervios gobernadores de su organismo.

Porque de los que se llaman políticos, unos hablan a los entendimientos y otros prefieren dirigirse a la sensibilidad. Unos raciocinan y generalizan, otros sienten, hacen sentir y particularizan. Los primeros suelen construir opiniones que no se quedan encerradas en su propio país, ni solo a él son aplicables; los segundos encarnan y reflejan lo que es característico de su gente y nación, lo que la distingue e individualiza, lo que llevado a muy alta tensión la encumbra o la postra, pero de suerte que ese encumbramiento o en esa postración sean inconfundibles y únicos, propios y exclusivos de esa gente y nación.

Los políticos de razón producen volúmenes repletos de erudición, de demostraciones, de argumentos. El político de sensibilidad describe, simboliza, canta, divierte, orea la pesadumbre que es el gobierno de los hombres con palabras maravillosas y vence rebeldías o estimula actividades, disfrazando con manto de leyendas, los imperativos seculares, que son alma de un pueblo. Y naturalmente el político de sensibilidad, alcanza un predominio mucho más hondo y mucho más vasto que el político de razón. Para este último se hicieron las aulas, los anfiteatros universitarios, las doctas asambleas y quizás también los parlamentos. Para el primero están abiertos los oídos de las muchedumbres y los ojos de infinitos lectores ávidos de entretenimiento y las mentes de los que gustan soñar al compás de una conseja y hasta la fantasía de los niños, en quienes va calando y arraigándose una idea realmente nacional al favor de un cuento dorado y de una aventura extraordinaria.

Rudyard Kipling fue un político de sensibilidad que logró eso que Douglas West ha dicho últimamente: "hacer que Inglaterra, comprendiera el significado del Imperio, y que el Imperio comprendiera la significación de Inglaterra".

Aparentemente, esta fórmula peca por fastuosa y exagerada. Hasta de insólita podría calificarse, vista la apariencia corporal de Kipling, a quien pintaba hace poco un académico francés de esta manera: "He ahí al hombre de mandíbulas algo caninas, de frente abombada y cabellos rapados. Tiene las cejas pobladísimas, negras, revueltas, más agresivas que el follaje y ramazón de una cambronería; y asombrados por ellas y como encovados en profundas cavernas, viven dos ojos grises, escudriñadores, infatigables, que a veces se fijan sobre el espectáculo de la vida, a veces se revuelven hacia el interior y aclarándose hasta

cobrar tintes de agua marina, muestran actividad inacabablemente ansiosa de saber, inmenso poder de ensoñación, y resplandores de todos los cielos y de todos los océanos.

¿Qué hizo el autor de Gadsby para que Inglaterra conociera su propio desmesurado imperio? Hizo algo más que deslindar el territorio, avaluar sus riquezas y calcular sus posibilidades económicas, hizo el análisis poético del elemento humano que poblaba ese imperio, y burla burlando, aquí con un fábula, allí con un apunte malicioso, acullá con una anécdota sagazmente adobada, mostró cómo viven, qué sienten, qué ambicionan, cómo medran y cómo desfallecen, cómo se glorifican y cómo se envilecen en el curso de la vida cotidiana los millones de súbditos y los miles de funcionarios que constituyen las remotas colonias asiáticas. A ingleses y a indígenas los envolvió en la ronda centellante de un humorismo cuya notoria exuberancia jamás tocó ni aún de pasada, los términos de la vulgaridad. Y no importa que un día aparezca en esa ronda el hijo de Albión que logra encanallarse en algún lugar remoto, donde la propia cobardía le entrega a las fuerzas disolventes de la soledad y del alcohol, porque a par de este pobre vencido, aparecerá otro hombre que abandonado en forzoso aislamiento se mantendrá enhiesto, indomable y fiel a las normas de esa elegancia suprema, que es flor y perfume de la tradición inglesa.

Ni hay para que achacar a malquerencia de conquistador los feos colores que Rudyard vierte sobre algún indígena depravado por las torpes y aciagas supersticiones de un país donde pululan las sectas atroces como se multiplican las alimañas nocivas en las aguas de los pantanos tropicales; no hay, nó, malquerencia, porque allí mismo se alza el inmóvil decoro del más hindúe de los hindúes, de Purum Baghat, que una noche interrumpió su meditación silente, no porque el terremoto conmoviera las cumbres y los valles del Himalaya, sino porque en las místicas reconditeces de su alma sonó el mandato de ir a salvar los míseros habitantes de unas chozas de barro.

¿Y qué hizo Kipling para que el Imperio reconociera a Inglaterra? No bastaba para eso que hablara o escribiera en la India sobre los códigos, ordenanzas y procedimientos de la metrópoli. Se necesitaba más bien que las turbas indostánicas sintieran que en el caos de sus mil cuatrocientas veintinueve castas no podrían imperar ni el orden, ni la paz, ni la convivencia próspera, si no entraba a hacerse presente la acción gobernadora del rubio insular imperialista.

Por este camino, Kipling estimuló en Inglaterra una voluntad de predominio, procuró justificar moralmente la fuerza, exaltó la raza y trató de poner —según dicen en Francia— un sello de santidad o por

lo menos de legitimidad fatal a las empresas civilizadoras de los que se dicen superhombres.

Aquí, ya no me seduce el gran mitógrafo que fue Rudyard, y he de confesar que todas las ventajas y todas las prosperidades, que según él llevaron los ingleses a la India, no me parecen compensación suficiente de esta palabra que uno de los subordinados de Findlayson, el constructor de puentes, lanza al rostro de un indígena: "No eres útil para esta obra, cuyo honor es mi honor: tu honor en cambio, qué es o qué me importa? Véte a buscar trabajo en otra parte". Y el mismo Findlayson hablando con su ayudante, declara que entre toda la muchedumbre de que se sirve para fabricar el puente gigantesco dominador del Ganges, no hay quien pueda juzgarse digno de compartir sus responsabilidades.

Inglaterra, cantada y enaltecida por Kipling, se yergue ante los millones que pueblan el Imperio colonial como la única prepotencia salvadora; ante ella enmudecen los númenes tutelares de la India, el viejo cocodrilo Muegger, símbolo de la madre Gunga, vuelve a su lecho de limo, el sabio Ganesa rehace y enmienda su tradicional sabiduría ni más ni menos que Hanumán acomoda sus facecias de mono a la índole de los tiempos nuevos, inaugurados por los hombres despóticos que vinieron de allende las aguas negras. Y es lo más triste, oír que las viejas divinidades, juntas en conciliábulo tenebroso y vergonzante, no proclaman pura y simplemente su vencimiento (que eso no sería tan radical) sino que discurren con el más vulgar utilitarismo sobre los provechos y conveniencias que les ha de traer la supremacía del extranjero, del "sahib" despreocupado e industrial.

Kim!... amable Kim!... granuja simpático de Benares, que un día juntaste tu vida vagabunda con la ensoñación no menos vagabunda del buen Lama! Con él trajinaste las rutas polvorientas, con él te aplicaste a desentrañar los misterios de la "Rueda de las Cosas", con él anduviste en busca de la fuente que pacifica las inquietudes del mundo y anega las ilusiones de Maia en abismos de serenidad!... Kim!... amable Kim!... "chela" compasivo del Lama cargado de años y de alifafes pero tan fervoroso en buscar y seguir los caminos de la liberación... Kim!... amable Kim!... por qué te transformó Rudyard en oficial vestido de kaki?, por qué te llevó a un punto, en que dejaste de ser aroma de la India, para convertirte en uno de tantos advenedizos a quienes tolera, pero a quienes no asimila el poderoso ejército británico?

El imperailismo que enamoraba a Kipling y esa especie de fascinación que sufría ante la violencia aplicada sistemáticamente, hicieron de él un apóstol y un poeta de la actividad, del mando, de la sumisión. A esto, aparte la suma delicadeza literaria y el exquisito ingenio que

siempre fueron suyos, se debió aquella inmensa popularidad con que lo acogió Inglaterra y que lo hizo entrar en competencia ventajosa con esa otra popularidad contemporánea de Burne Jones, que parecía definitiva e insuperable en el dominio artístico. Pero toda medalla tiene su reverso, y cuando sobrevino la guerra del Transvaal o de los boers, hubo muchos —Wells entre otros— que vieron en esta campaña tan discutible o tan lastimosa, la mejor refutación del entusiasmo imperialista de Kipling.

Entusiasmo que se explica muy bien porque a esa hora el Imperio británico llegaba al apogeo de su buena y próspera fortuna, y un largo período de paz y de acrecentamiento le suministraba todas las razones deseables para creerse superior a cualquier linaje de vicisitudes. Kipling acertó a ser la voz sonora y múltiple y el pregón literario de esa conciencia nacional satisfecha, opulenta y retadora. Por eso fue político.

Pero a su política, fundada en la observación inmediata, concreta y vivaz de los sentimientos contemporáneos, le faltó clarividencia profética. En otros términos, Kipling falló como político porque se imaginó y creyó firmemente que el porvenir de Inglaterra y del mundo no sería sino una continuación de la era victoriana que se cerró en mil novecientos uno.

El Imperio recompensó a Rudyard asociando su nombre al de Walter Scott, al de Meredith y al de Mardy. Compañía es ésta que sugiere comparaciones y cotejos y que vale simultáneamente como premio y como crítica, como galardón al mérito y como deslinde de lo que permanece y de lo que habrá de disolverse en la obra de Kipling.

Quede para otros este juicio, y saludemos desde aquí al cuentista filósofo que en opinión de A. Cahuet "supo comunicarle aliento a la materia, infundirle alma y espíritu a los climas, poner gozo y tristeza en los paisajes, y tratar a los animales no como meras parodias de los hombres, a estilo de los fabulistas, sino como personajes animadores de la realidad de la selva".

Y supo también prevenir al hombre contra el desordenado afán de analizarse a sí mismo que pára en miserable depresión o en desaforada demencia; supo convidarlo a la obra y a la acción, sin las cuales la fe es muerta y las ideas son estériles; supo, finalmente, conquistar un puesto en los anales de la literatura universal "como novelista heroico de las energías humanas".

LUIS SORACTA

—NOTA DEL EDITOR:

En el reglón 23 de esta página dice Mardy; léase Hardy.